

El sábado de Felipe.

Cuatro auroras golpeaban el camino que llevaba a Tintañón y sobre las cuatro, erguido y espumoso de dicha bajo el negro sombrero, cabalga Felipe volcándose sobre sus ilusiones, de licencia y con ochenta pesos en los bolsillos. Rielan sus ojos negrísimos más que las monedas del tirador y le tremola al cuello un pañuelo celeste. Va lleno de música mientras Tintañón se compone lentamente sobre la llanura para bien venirlo con sus casas, boliches, quilombos y canchas de bochas. Su caballo de cuatro auroras lo dejará en lo de Cristóbal, antes de llegar, y de allí hará a pie lo que falta hasta las piernas de Jessica o de Miriam o de la Gabriela y su boca que él la dijera dulce como lecho de río. Cualquiera de ellas quedará bien coronando su enorme felicidad de sábado con ochenta pesos fuertes y licencia.

Al llegar al caserón de Cristóbal, alto en la llanura y epígrafe de Tintañón, se lo encontró vacío, todo ausente, pero lo mismo largó su caballo aurorado en el potrero y tras beber unos sorbos de agua, siguió a Tintañón. "Manso, flete guapo" le pensó y partió. Poco antes de llegar, le detuvo una mujer que huía en dirección contraria.

- ¿Es usted muy feliz? – le asaltó la mujer, con un hilo de voz.
- Harto feliz, señoritita- respondió el feliz paisano.
- Entonces va a quedar aquí, no se va a ir pa arriba- dijo señalando el cielo con la mano
- Puesto que aquí me estoy bien, no me duelo nada-
- Bienhaiga po' usted- le susurró la mujercita ya alejándose.
- Lueguito, pues.

Y siguió la mujer de misterio hacia el lado de lo de Cristóbal y Felipe con su plata hacia Tintañón. Al entrar por la calle principal, de tierra toda ella y con nubes de polvo patrullando severas, le sorprendió la entera calma que se sentaba sobre el poblado y la ni un alma que se apreciaba.

Al llegar a la plaza de Tintañón, mirado por los ojos ciegos de las ventanas cerradas a orillas de la calle, Felipe se halló sin aire al ver que unos ángeles, altos como árboles, habían dispuesto a toda la población del pueblo en tres grupos y que, como arrieros alados, volaban sobre y entre ellos mismo que quien dice "Mire, estoy apartando en un rodeo". Uno de los ángeles, más blanco, más taita que los otros, leía con un ojo de una lista y con el otro ojo atendía el aparte. Otros dos ángeles se le acercaron a Felipe volando y lo tomaron del corazón el uno y de los pies el otro y le revisaron la vida toda.

- ¡Este hombre está muy feliz!- dijo, con voz de pino, el ángel que le tenía del corazón.
- ¡Este hombre está más bien alegre!- corrigió el otro, con acento de rocío.
- ¿Feliz o alegre?- pregunto el ángel más blanco de todos.
- Feliz, porque es sábado y tengo licencia y ochenta pesos- aseguró Felipe gritando medio riendo, casi llorando.

Con gesto de rama al viento, el ángel capataz mandó dejarle donde estaba. Los otros dos se devolvieron a sus trajines de aparte hasta que, tras mucho revolverse, lograron tres grupos claramente distintos. Luego, a la voz del ángel mayor, el ángel que había tomado el corazón de Felipe desenvainó del aire un gran y luminoso sable y despenó a todo el primer grupo con diestros golpes de divino matarife. Mientras, el otro ángel, con sable semejante, dejaba ciego a todo el segundo grupo. Finalmente, tras una rechifla y al grito de "siga, siga", las gentes del tercer grupo comenzaron a flotar como panaderos, como hilos de araña al viento, como cosa muy liviana, y fueron arreados hacia el cielo grande. Última, detrás de todos en la tropa voladora, iba Gabriela. En un momento final lo vio a Felipe y lo saludó, con triste sonrisa, mientras se elevaba.

- Chau, Felipe... Chau, negrito...
- ¡Adiós, mi vida...! –

Así la habló Felipe, aunque la vida se quedaba con él, allí en la soledad de Tintañón, donde se dispersaban los ciegos, entre voces de "Me han cegado los ángeles *me han cegado los ángeles...*".

Clara Gracián Schilling